



San Ignacio del Masparro, 27 de mayo de 1985

R.M.

JOSEFINA ARANAGA DE ITURMENDI

Madrid

**España**

Mi querida Madre Josefina

Continuo la carta anterior y aclaro, que le estoy hablando como a la Madre Provincial, que me ha ofrecido Religiosas, para trabajar en Fe y Alegría y que para proyectar más a larga distancia su plan de Apostolado, está pensando en fundar su primer Noviciado en Venezuela.

Como consecuencia de lo anterior y para responderle a las preguntas precisas y concretas, que Ud. me ha hecho y para que nadie pueda creer que me atrevo en un par de cartas a describir un tipo de Noviciado que sirva para todos los carismas religiosos, insisto en que no estoy señalando características para una Casa de Formación de vocaciones puramente contemplativas, ni entre las de vida activa a las que van buscando el Apostolado del saber, ni de la investigación, ni de la Universidad, ni me refiero a las Religiosas consagradas a los enfermos normales o en sus más terribles y dolorosas situaciones anormales e incurables, ni siquiera a las Congregaciones, que han derivado hacia la educación de las clases medias y altas.

Es posible que estas últimas sean ellas solas el sesenta o el setenta por ciento de todas las Religiosas. Es claro que las dedicadas a los más Pobres son una minoría bastante estrecha, siendo los Pobres la mayor parte de la Humanidad. De todos modos es consolador, ver que hay ya un fuerte movimiento, que va

desplazando muchas obras de religiosas, hacia el servicio de los Pobres.

Por ver que Ud. está francamente en esta creciente dirección eclesial, me merece más atención e interés lo que Ud. me pregunta.

Pero, para que vea cuan inmerso estoy en las terrestres pequeñas tareas de desarrollar esta finca, que prepara el pan para los Hijitos de Dios y Hermanitos nuestros, tengo interrumpida esta carta desde hace más de cuatro horas, porque nuestra perra Tina, fiel guardadora de este abierto recinto, está de parto.

La pobre se metió en mi cuarto y trataba de escarbar en el suelo de cemento, como queriendo preparar un nido. Gimió suavemente, para quererme decir, que tenía miedo y de pronto salió corriendo buscando algo. Al ratico oigo un ladrido de cachorrito y que llega Tina impetuosamente, queriendo entrar en mi cuarto de nuevo. Me pareció que quería saltar a mi cama y dejarme en ella su cría. Pero hasta ahí no llegó mi amistad perruna. Le cerré la puerta. Me dio lástima.

Volvió entonces a donde daba débiles aullidos el cachorrito. La seguí. Lo tomé con unos papeles a modo de pañales y empezamos a organizarle la maternidad a la pobre Tina, que lloraba. Parecía a ratos que todo era nervios o que le dolía mucho. Le puse hojas secas de maíz sobre el cemento en el extremo del corredor y con unas tablas, que encuadraban la hojarasca, se sintió protegida. Le di unas galletas, que le gustan mucho y dejó de llorar. Todos necesitamos que nos hagan caso cuando estamos afligidos.

Volví al rato después de organizar un poco mi cuarto y ya tenía dos perrillos que se esforzaban en mamar. Seguí organizando las cosas que tengo amontonadas. Puedo hoy poner un

poco de orden porque me han mandado de Mérida dos estanterías metálicas. Mi cuarto es almacén de granos, depósito de algunas herramientas, ropería de la casa, ropero personal, biblioteca, revistero y dormitorio.

Un ejemplo de orden.

Regresé con intervalos de media hora para felicitar a Tina que ya tenía con ese ritmo su tercer, su cuarto, su quinto y sexto perrillo.

¡¡¡Qué generosidad tan fértil!!! Esos serán los futuros guardianes de San Ignacio del Masparro.

Mientras yo estaba presente me miraba con ojos cariñosos y se dejaba acariciar con gusto. Pero no quiso sacar a luz ninguno de sus vástagos en mi presencia. Es una perra grande y valiente, pero muy recatada y respetuosa.

Llegó la noche y Tina debió seguir pariendo, pues cuando fui a las seis de la mañana a verla, ya tenía once cachorrillos. Ahora pasó al lado mío como muy atareada. Venía de dar una vuelta. Fui a estudiar los movimientos de toda la manada. Unos duermen como tarugos caídos en el suelo, otros luchan por alcanzar una ubre, otros se revuelcan en vano empujados por sus torpes patitas y chocan unos con otros, con sus ojitos cerrados, tendiendo a aproximarse al manantial materno. Sienten el calor y el olor de la madre.

Le cuento además que estamos como quien dice en un claro del bosque. Tenemos también una pareja de ardillas en una jaula y un venadito de pocos días en el gallinero. El venadito es marrón claro con motas blancas en el lomo y en los costados. Le damos tetero. Es muy tranquilo y confanzudo, como un cabrito pequeño.

Creo que haríamos algo interesante destinando una parte del bosque a refugio de los animales silvestres, que quedan. Pero habrá que ponerle guarda y cercas, pues aquí la gente va a exterminar todo ejemplar, que les dé un poco de carne. Haría falta también un serpentario.

Hoy mismo, a las cinco de la tarde, los peones que se retiraban del trabajo vieron una culebra como de un metro, que recorría el corredor de la casa, de puerta en puerta. Era

delgada. Sólo como mi dedo índice de gruesa. La mataron por si acaso, aunque parecía inofensiva.

Aquí en algunas casas usan culebras cazadoras en vez de gatos.

Nosotros en San Ignacio del Masparro vamos preparando las cosas a la medida, que nuestros Cooperadores nos van enviando su ayuda. Una de las cosas que tenemos proyectada es la fundación de una ganadería, que nos dé más base económica, para sostener gratuitamente a nuestros Alumnos. Pero antes, quisiéramos tener la leche diaria, para los mismos y por lo tanto comprar y cuidar un buen lote de vacas lecheras.

Como yo no sé, Madre Josefina, absolutamente nada de vacas y vaquerías, fui a ver hoy una gran instalación lechera, que hay a unos doscientos cincuenta kilómetros de aquí. Viendo realizaciones semejantes en marcha, podemos aprender y relacionarnos con la gente que sabe. Hoy hay mucha gente que sabe.

Ese es parte del milagro de Dios, patente en nosotros. En nosotros debe estar el saber para enseñar o para buscar al que enseñe. En nosotros deberá estar la sed de aprender, para poder enseñar y cambiar la catástrofe de la miseria, en el milagro de la abundancia.

Corríamos velozmente por el llano inmaculadamente verde. La mayor parte de los inmensos terrenos, que se tendían hasta el horizonte, sólo tenían hierba silvestre. Se veían otros, con instalaciones agrarias o pecuarias. Yo miraba asombrado y rezaba los quince misterios. Le pedía a la Virgen luz para encontrar soluciones.

No cabe duda que una de las buenas soluciones para alimentar a tantos niños desnutridos es tener leche abundante. Aquellas praderas bien cultivadas podrían dar ríos de leche. Por lo tanto es una clara voluntad de Dios, que aprendamos a cultivarlas y a cuidar hermosas vacas, que sean como las nodrizas de tantos niños hambrientos.

Por eso, desde hace mucho deseo conocer la gran Vaquera de Concho Quijada. Sé desde hace tiempo, que esta vaquera es una especie de palacio de las mejores vacas. Vacas de

sangre aristocrática, vacas campeonas de leche y mantequilla.

Nosotros no aspiramos a tanto, por ahora. Pero necesitamos por lo menos unas veinticinco vacas de media sangre, que trabajen bien, si las cuidamos bien y si por lo tanto encontramos y preparamos personas que les pongan amor y cuidado, ya que van a colaborar de manera continua y abnegada en el buen desarrollo de nuestros Muchachos.

Y aquí, Madre Josefina, mi pensamiento o mi imaginación pasaban sin pedirle permiso a ninguna Madre Provincial, a contemplar a una Religiosa atareada científicamente, dentro de un laboratorio, en preparar el alimento de unas hermosísimas vacas, corpulentas, de piel limpia y estirada, portadoras de unas ubres repletas y rosadas. En cada una veía yo a la madre adoptiva de mi puñado de muchachos, que bebían grandes vasos de sabrosa leche y observaba admirativamente a otra Hermana que enseñaba a varios trabajadores delante de un tablero, la lista de los elementos nutritivos y la proporción que requería cada una de aquellas vacas extraordinarias, para comportarse adecuadamente, como nodrizas colectivas. Otra Hermana viejita ya, recorría las peseberras-curias de los becerros. Todos eran blanquinegros de pura raza Holstein, como sus progenitoras. A cada uno le hacía una caricia o le llamaba cariñosamente por su nombre de pila. Miraba el balde de concentrado, miraba el agua y se fijaba en lo limpio o no tan limpio, que tenía el suelo, hecho de listones algo separados, que dejaban caer la basura del becerro a un canalito, que pasa por debajo y limpia con una descarga periódica de agua, todos esos sobrantes sin necesidad de pañales. Era hermoso ver tantos becerritos cada uno en su pesebre independiente y a la Hermana viejecita, mirarlos con tanta ternura. Apuntó en una libreta algo, que por lo visto no estaba bien y desapareció.

Nos íbamos acercando. Llevábamos dos horas y media, manteniendo una velocidad de cien por hora.

Un gran portón daba entrada a la Hacienda El Chorro. Lo cruzamos y fuimos a la dirección. Nos atendieron muy bien. Alejandro Quijada, hijo del dueño, nos asignó una Técnica

Pecuaría, que lleva el cuidado de la Becerrera. Se llama Dilcia Yepes. Es graduada universitaria en la Facultad de Tecnología Agro-Pecuaría de la ciudad de Acarigua.

Nos llevó lo primero de todo a la Becerrera, en la cual estaban centenares de preciosos becerros, cada uno en su pesebrito individual. Era la realidad de lo que yo había soñado o imaginado mientras corríamos por la carretera. La diferencia estaba, en que Dilcia era una muchacha de blujines con tacones altos, muy preparada y resuelta y la que yo había fantaseado, era una Hermana viejita, dulce y de hábito blanco.

Dilcia nos mostró la nevera en la que tienen congelado el calostro, pues esta leche es más rica en anticuerpos, que preservan la buena salud de los becerros. Nos señaló lo práctico de cada pesebre individual, su aseo casi automático y el registro individual de cada animalito. Una belleza de técnica sencillez.

Después nos fue llevando por los grandes establos de las vacas lecheras. Son altos galpones tan ventilados y lavados, que no había en ellos el menor rastro de mal olor. Cada uno de los seis que vimos, era el apartamento colectivo de cien hermosas y corpulentas vacas Holstein.

Miramos muy de pasada el departamento de ordeño automático, donde cuatro hombres jóvenes aplican los chupadores de goma a las ubres repletas. Todo era limpio y reluciente. Los ordeñadores parecían médicos con uniforme aséptico, dispuestos ya para operar. Las vacas venían tan ordenadas como colegialas de un Colegio de disciplina antigua.

Se hacen tres ordeños diarios. Uno en la mañana, otro en la tarde y otro a media noche. Con esto, es decir con el tercer ordeño la producción ha aumentado en un veinte por ciento. Según nos explicaba Dilcia la vaca produce más y se siente contenta, al descargarle con más frecuencia el gran peso de la maleta que le cuelga en las ubres. Imagínese, Madre Josefina, a una de estas productoras, que da cuarenta litros diarios. Qué alivio tan grande en descargarle con frecuencia esa pesadumbre.

Dilcia quería enseñarnos más cosas interesantes. Pero yo sentía que me estaba marean-

do. Le di las gracias. Le dije que volvería más despacio y que quería tomar unas notas, para escribirle a unas hermanas, sobre todo lo que estaba viendo. ¿Qué le parece, le pregunté, que un grupo de Religiosas se preparara para llevar técnica y administrativamente una gran vaquera como ésta...? -¡¡¡Claro que sí!!! -me respondió... Nos despedimos. Me senté, para que se me pasara el mareo. Mientras, pensaba con una gran emoción: Todo esto lo podrían organizar tres Hermanas bien preparadas, más fácilmente y con menos problemas, que un Colegio de Bachillerato y otras tres podrían llevar perfectamente un Colegio gratuito de Mil Alumnos, sostenido por estas generosas vacas, que pagarían todo el Profesorado.

¿Y por qué no...? ¿y por qué no...? ¿Y por qué no...? Voy a escribirle sobre todo esto a la Madre Josefina y me va a entender...

Estaba emocionado, más bien verdaderamente conmovido, cuando sentí que me tocaban por la espalda... y vi que un toro de enorme cabezota negra me quería lamer el cuello. Tenía un aspecto tan bonachón, que no me asustó, pero me cambié de sitio... y seguí pensando: ¿Por qué la Iglesia concreta, la de los hombres y mujeres de carne y hueso... aunque sean Religiosos, está tan separada de la realidad...?

Esta es una hermosa realidad... sobre todo si la contraponemos a la miseria y al hambre de tantos millones de Hermanos nuestros... ¿Por qué nos deja o deja a la mayoría, perfectamente indiferentes... como si estas cosas pertenecieran a otro mundo distinto del nuestro...?

¿Por qué las Superiores... los Consejos Generalicios o Provinciales, que ven con buenos ojos, que la Hermana María José estudie Química o Matemáticas o Biológicas o Históricas o Filológicas, todavía no entienden que la Hermana Mercedes se prepare en Agronomía o en Veterinaria o en Administración Agraria o en Mecánica o en Cerámica o en Artes de la Madera...?

Estas profesiones están mucho más cerca de los Pobres y de la urgentísima necesidad de que coman completo, porque pueden ganar

completo, con muchas Profesiones más asequibles a sus limitadísimos recursos.

En esa dinámica, que para nosotros es ascética, muy evangélica y camino teológico de la Salvación, se quiere situar Fe y Alegría. Por eso, Madre Josefina, le estoy escribiendo estas cartas a Ud., porque sé, que puede influir mucho en un gran cambio de dirección en sus Religiosas. Y ese cambio en su Congregación empujará otros cambios.

Se me fue pasando el mareo y después de comerme un plátano (topocho bien maduro) y unas galletas sin sal, me sentí más optimista todavía. Usando del permiso que nos habían dado con toda amplitud, hicimos un recorrido por las carreteras asfaltadas de la Hacienda El Chorro. Daba gusto cruzarnos con las camionetas que venían repletas de pasto recién segado. Pasamos por delante de la pequeña fábrica de alimentos concentrados (piensos en España) y nos acercamos a unos enormes hangares de lo que se llama "Silos de Trincheras". En uno estaba la acumulación de los residuos de semilla de algodón, que es muy nutritiva para el ganado, en otro el maíz picado (la planta entera) y apisonado con un tractor de oruga, para producir la fermentación anaerobia. Este es un excelente forraje.

Por lo menos hay tres grandes Vaqueras. Nosotros habíamos visto sólo una. No pregunté ni cuántas cabezas de ganado tiene la Finca, ni cuántos miles de litros de leche produce. Olvidos de principiante.

Dimos las gracias en la Dirección y propusimos una visita de estudio mucho más detallado. No fijamos fecha, pero espero hacerlo pronto.

Almorzamos en un restaurante de camioneros y seguimos viaje. Para ver más cosas entramos por un ramal de la carretera que lleva al Embalse del río Boconó. Nos dejaron pasar en un sitio donde no hacía mucho tiempo, había un gran cartel que cantaba: Prohibida la Entrada. Así llegamos al borde de la represa. Esta forma un lago, cuyas orillas se pierden de vista, mirando a la Cordillera. Sólo se ven flotando en la colina las masas azuladas de las grandes montañas de Trujillo. Me alegré íntimamente, porque esta obra, que honraría a cualquier País, es una demostración del progreso de Ve-

nezuela, que no alcanza a detener ni el derroche, ni la corrupción administrativa.

Y lo grande es que a este lago lo acompañan otros dos, el pantano del Tucupido y el del Masparro. Gracias a este último el río Masparro ha quedado regulado y no inunda ya en invierno los terrenos de San Ignacio del Masparro, en donde estamos preparando un Internado, que quisiéramos numeroso bien montado en todo, gratuito y con buena alimentación.

Todavía el tiempo nos permitía espacio para visitar una Hacienda grande, llamada La Marqueseña, de seis mil hectáreas, que yo conocía de una visita rápida. Es finca combinada de Agricultura y Ganadería, con buenas franjas de bosque, que lo usan como rompevientos. En esas cortinas vegetales, hay arboles de un metro de diámetro y de más grosor todavía.

El dueño es un Ingeniero Civil joven que podría estar muy próspero en la construcción urbana, pero ha preferido luchar en el campo afrontando un desafío técnico y económico, muchísimo mayor.

Lo llamaron por radio y llegó al poco rato. Recorrimos potreros y más potreros. Tiene más de cinco mil cabezas de ganado cebú, que es el que por su gran rusticidad más abunda en los llanos. En otras parcelas estaba preparando el terreno para la siembra de maíz. Pensaba poner ahora quinientas hectáreas, pero estaba retrasado por las lluvias, que tenían demasiado blando el terreno, para la siembra mecánica. Me mostró también unos lotes de ganado, mestizado con razas italianas y francesas de doble propósito, es decir: para carne y leche simultáneamente, pues el cebú es sólo para carne.

Le hice muchas preguntas sobre cómo deberemos trabajar nosotros en San Ignacio del Masparro. Y le pedí a Carlos Azpúrua que es el dueño, que viniera a visitarnos, para que nos aconseje. Es un hombre lleno de vitalidad y simpatía, que tiene muy buena preparación técnica, pero comprobada por la práctica y la experiencia real y en muchos ensayos, y en repetidos éxitos.

Le agradecí su buena acogida y al mirarlo y mirarlo mientras lo escuchaba yo discurría: y

todo esto siendo tan bueno, ¿no lo podrán hacer las hermanas, que vengan a ayudarnos a extender los Colegios Agro-Pecuario-Forestales, si son valerosas y se preparan mucho mejor, que yo lo puedo hacer...?

Una Finca como La Marqueseña o una gran Vaquera Lechera, como la de Concho Quijada, pueden estar perfectamente dirigidas por un pequeño grupito de Religiosas, que la miren, como el instrumento próximo y posible, que Dios les pone en las manos, para sacar adelante la educación cristiana y profesional de millares de niños.

Fíjese, Madre Josefina, que éstos no sólo estudiarían y se tecnificarían, sino que multiplicarían en su vida de trabajo, millares de veces el esfuerzo apostólico de sus Hijas.

Delante tenemos todo un Continente que conquistar para la humanidad, para la Cristianidad y para la Divinidad, que nos va a hacer partícipes de su Gracia Salvadora.

Para cumplir amorosamente esta tarea debe pensarse y realizarse su Noviciado en Venezuela. Esa sería la Casa de los Milagros.

Por eso mismo debería estar situado cerca de un gran Milagro Técnico, Social y Apostólico. Las Novicias tienen que ver de cerca los prodigios que hacen las Profesas y las Veteranas ejemplarizadoras y no solamente escuchar vidas de santos lejanos, hacer actos de humildad o de mortificación superficiales, estar encerradas y forjar proyectos de perfección ficticios y que nunca cumplirán.

Más que curar leprosos en un instante, más que dar vista a los ciegos, más que hacer saltar de alegría a los paralíticos es alimentar, vestir y educar por amor a mil Niños Desnutridos, logrando esta meta, partiendo de la nada a fuerza de sacrificios, de tesón y de amor.

Más que resucitar un muerto, es restituir su categoría y su dignidad de Hombres y de Hijos de Dios a tantos miles y miles de Hermanos nuestros, que empujados por la miseria y la ignorancia, han caído casi hasta los límites de su pura animalidad.

Si hiciéramos esto, arrastraríamos un ejército de buenos cristianos y de malos cristianos y de paganos y materialistas, en nuestra ayuda.

¿Por qué Teresa de Calcuta conmueve al Mundo? ¿Y por qué recibe ayudas del Mundo entero y sobre todo suscita vocaciones...?

Fe y Alegría empezó con sus Cien Primeros Alumnos sentados en el suelo. Lo malo sería que no se atreva a repetirlo si hace falta. Yo tengo casi la seguridad de que si no hubiéramos aceptado un comienzo tan pobre, nunca hubiéramos empezado. Lo estaríamos pensando y planificando todavía.

La Hermana Isabel empezó en Barinas debajo de un árbol por todo techo y hay tantos miles de árboles rodeados de muchachos, ¡¡¡pero sin ninguna hermana que los enseñe...!!!

¿No estarán esperando algunos de esos árboles, nuestro atrevimiento de amor, para convertirse en hermosos Colegios.. ? Del árbol de la Hermana Isabel brotaron dos bellos Colegios con más de mil Alumnos.

Siempre he meditado en la gigantesca fuerza que acumula la Iglesia en su Millón de Religiosas y de Mujeres Consagradas. Pero pienso... ¿está en actividad de acción y oración a plena máquina el diez por ciento de esa fuerza espiritual visible...?

¿No son sus Superioras muchas veces como Coroneles y Generales adormilados en la calma y la paz del Cuartel...?

Madre Josefina,  
no me propongo en-

tristecer su conciencia, pero sí he resuelto escribirle una tercera carta sobre los Milagros de la Técnica si se unen al amor, y de cómo el Mundo actual, sobre todo los más pobres y miserables, que ya vislumbran los prodigios y los grandes cambios técnicos, van a seguir cada vez más a los Profetas de la Técnica.

Creo, Madre Josefina, que Ud. como mujer ilustrada y universitaria, capta perfectamente el camino que estoy señalando. Técnica por amor.

Dijo Santa Teresa: "donde no hay amor, pongamos amor y encontraremos amor".

Pues, mi muy apreciada Madre Josefina, su Noviciado en Venezuela debe ser, para poner amor y técnica por amor y que sus Novicias se formen ante un ejemplo continuado, dado por unas poquitas Profesas, que desarrollen ante ellas y ayudadas por ellas, una Obra Tecnificada al máximo por amor, para ayudar y salvar a los Hijitos más Pobres de Dios.

Espere mi tercera carta.

Suyo en Cristo.

*P. José María Vélaz, S.J.*



